



HAMABOST

NARRACION DE HISTORIA-FICCION

RAFAEL P. GUREGUCHI

Tenía que ser así. Fue más grande que Hamalau (1) ¡que ya es decir! Listo como ninguno. Inteligente... (Dicen que «listho» e inteligente, fueron los dos únicos calificativos cuya aplicación a hamabost fue tema de discusiones permanentes y los únicos para los que no hubo acuerdo).

Lo que no cabe duda es que fue popular. El pueblo entero estaba con él y en él. El consensuaba todo. Hamabost tenía «el don», «la

voz», «el gesto» y al mismo tiempo «la sencillez» y todo ello le confería «la autoridad»...

Los primeros recuerdos que de él se tienen hacen referencia a un partido del Touring en que alguien le oyó decir con su voz inimitable e inimitada: «Va a ganar 2 - 0». Y ganó dos cero. Otros dicen que fue en la primera «gau-pasa» de unas «Madalenas» cuando soltó aquello de «Erreteritik zerura». Cuando lo oyó «el Sentencioso» de su cuadrilla, repitió «De Rentería al cielo» y de entonces la enorme atracción turística que goza hoy Rentería.

(NOTA: *Al llegar aquí y para evitar malos entendidos, debo de advertir que lo que se está narrando es pura historia de Rentería. Historia perdida inexplicablemente y que el autor ha encontrado, como siempre, hurgando en el baúl de una anciana regenerada.*)

No consta la filiación de Amabost, a quien al parecer nadie pidió su Documento de Identidad. Cosa rarísima, tal vez increíble, pero cierta. Tampoco aparece empadronado con el apodo de «Hamabost» que enseguida le pusieron. (faltaría más)... Y como él acompañaba siempre a su casa al último trasnochador, nadie recuerda dónde vivía Hamabost.

* * * *

En la época de Hamabost el pueblo estaba un poco bajo de forma. Había sufrido grandes crisis. Desde que concluyó la dictadura fue un pueblo castigado y sufriente. Todas las luchas que pudieron darse, se dieron. Todas las calamidades sucedieron.

Si hubiera tenido flota pesquera, es seguro que hubieran detenido a todos sus barcos pescando en el río Oyarzun. Hecho que hubiera podido ser cierto por dos razones:

La primera es porque Rentería, había sido, era y será un pueblo de hombres. Y hubo unos cuantos que estuvieron dándole vueltas a un proyecto que, al parecer, consistía en armar una flotilla pesquera para faenar cerca de Hondarribi y de paso «zirikar» un poco a un patrullero anfibio galo: «Ancianelle». (La Galia era entonces una región del sur del «Merkatu Komuna». (como se decía entonces con doble sentido).

La segunda razón era porque Rentería había conseguido tener uno de los ríos más limpios del mundo y todo porque se pusieron tercios con el tema. Tan limpio era el río Oyarzun que la mancha de agua limpia que atravesaba la Bahía de Pasajes «es para que aprendan los paisaitarras» como decía con franciscana sencillez Hamabost. Pero la secreta razón que subyacía en aquella mancha, es que era tan limpia y penetraba tan profundamente en el Cantábrico «que las aguas jurisdiccionales de Rentería no ofrecían ninguna duda para nuestra navegación». (sic).

Sólo se recuerda un caso, probablemente de un forastero vagabundo, al que se pilló agachado en la orilla y con los pantalones bajos. Se le clausuró inmediata y definitivamente el orificio.

* * * *

Es curioso constatar que para aquella época las numerosas fábricas de Rentería habían cerrado todas. Hubo un tiempo ya remoto en que se decía que Rentería era el pueblo del Estado español que tenía más variedad de industrias. En tiempos de Hamabost estaban todas cerradas o desaparecidas. Unas porque sí. Otras por «la Pequeña Crisis de los ochenta». Otras por «la Grandiosa Crisis» que siguió a la primera. Otras por lo del petróleo. Otras por hacer unas casitas... (Los motivos del cierre de cada una de ellas se encuentran en la «Historia de las fábricas de Rentería desde Felipe II hasta nuestros días.» Remito al lector curioso a que consulte esta obra clásica en la historia de la industria guipuzcoana).

Para concluir, añadiré que por aquella época Rentería sufrió también «del urbanismo». No está claro cómo, pero lo cierto es que «cogió la enfermedad» y en poco tiempo el suelo se le fue llenando de casas. Pero muy lleno. Ecologistas y veterinarios, llamados a declarar, juraron solemnemente «que los conejos eran totalmente ajenos a aquella epidemia».

También Hamabost intervino en el «proyecto de reforma de una cuadrícula urbana» como luego se dirá.

* * * *

Lo cierto es que Hamabost y el pueblo, fueron cogiendo fama de inventores. Y así fue cómo, poco a poco, fueron llegando los alemanes y japoneses que, como ellos «no inventaban nada, andaban siempre a

la caza de patentes». Y quiso el destino que el vino, que siempre había jugado un papel en la vida del pueblo, lo jugase de nuevo. En realidad lo que ocurrió fue normal. Nadie pudo evitar que los germanos y los nipones soplasen más de la cuenta. Todos recuerdan los ojillos oblicuos que se les empezaron a enderezar a los japoneses allá por el décimo chiquito y cómo se les torcían a los alemanes al llegar al veinte. «Es curioso esto de las diferencias de razas», decía siempre Hamabost. «Curioso» rezongaba «el Sentencioso».

Estos germanos y nipones fueron los precursores del turismo. Tanto y tanto bebieron, que los dueños de las tascas y había muchas, se reunieron en Asamblea para estudiar su estrategia. Después de «la Grandiosa Crisis» se quejaban de que no andaban bien y que sus ganancias eran nulas y venían reivindicando con insistencia el que les autorizaran a subir el chiquito por encima de lo que ellos denominaban «la demagógica barrera de los cuarenta duros».

La Asamblea del sindicato empresarial más influyente del pueblo formuló la inteligente conclusión de que «los extranjeros sólo por el vino no venían». Y así fue cómo pusieron en marcha el formidable motor de la imaginación renteriana. Crearon sus famosos «barra libre a la creatividad», a la investigación y a una serie de cosas tan «carrozas» y con tanto olor a neocapitalismo progre que daba mucho que pensar a los más ancianos del pueblo.

Fueron los dueños de las tascas los que rindieron homenaje a «Charlot», famoso personaje de los años cuarenta que fue el precursor de las economías de energía haciendo marchar su moto con agua caliente.

Cuando Hamabost dijo a su cuadrilla «mañana no salgo, tengo que inventar algo», creó automáticamente un estado de espíritu. Y poco a poco la ausencia de Hamabost fue pasando a ser la ausencia del pueblo en las calles del pueblo. El vacío se hizo tan ominoso y con tanto aspecto de parto que los pocos que salían de casa, corrían presurosas por las aceras a comprar papel milimetrado o bocadillos. Pero de beber, nada de nada.

En el poderoso «sindicato de dueños de bares, tascas, pubs, boites y similares», las reuniones fueron borrascosas. La idea se les había escapado de control. Nadie bebía. En su desesperación por recuperar al menos la clientela indígena barajaron numerosas acciones: sentada múltiple, estratégica y polivalente; sustitución del agua de los depósitos municipales por vino tinto, «marcha morada» hasta la capital... pero nada prosperó porque todo aquello era retrógado, carca, carroza o «pixkurri» (palabra indígena que era el no va más de entonces).

Con los que no había nada que hacer era como siempre con los viejos. Aquéllos seguían bebiendo en su Club del Jubilado y dándole a la goma-2, curiosa pasta que estaban siempre amasando y colocando debajo de las sillas para levantar a las viejas por el aire. Como el Club hacía años que estaba blindado, al edificio no le pasaba nada, pero los ancianos siempre llegaban a casa con toda la ropa chamuscada.

Como era de esperar el primero que salió de su encierro fue Hamabost. La noticia corrió «como corrían delante de los grises» (sic. parece ser una expresión antigua cuyo origen se desconoce). En realidad muchos renterianos habían ya inventado algo, pero no se atrevían a sacarlo a la luz hasta ver qué habían hecho los demás. En olor de multitud Hamabost tuvo que explicar su invento. «Cojonudo» exclamó lacónicamente «el Sentencioso». Y con este nombre hubo que patentarlo oficialmente en la oficina de patentes y marcas.

Por cierto que el nombre gustó mucho en Japón, pero que nunca acertaron a escribirlo bien (Ko-jonudo. Kojo-nudo. Kojonu-do). En cambio los alemanes lo escribían bien pero lo pronunciaban horrible. Por teléfono, según consta en los «anales de las telefonistas independientes de Rentería» nunca sabían a qué se referían y «sólo cuando parecía que se iban a ahogar, adivinaban de qué iba la cosa».

El invento de Hamabost era el huevo de Colón. Era un auténtico huevo-móvil. Era el vehículo más sencillo y divertido que imaginarse

pueda. Andaba sólo con meterse dentro. Suficientemente rígido, suficientemente elástico y totalmente transparente. Se conducía con las manos, o con las rodillas, o con los hombros o con los pies, la cabeza o el contrapeso (que así llamaban entonces púdicamente al culo). Se personalizaba con pegatinas; en especial estaban de moda las de la década de los ochenta. En Rentería existía el «Museo de las pegatinas», que estaba reputado por ser uno de los mejores del mundo y que albergaba una fabulosa colección, la mayor parte autóctona y cedida por un venerable anciano, antaño cruzador de autobuses y hoy Presidente del Club de Jubilados, al que se atribuye la desdentada frase de «No hay quien entienda a los jóvenes. En lo único que coincido con ellos es en que nos gustan las mismas chavalas».

Hamabost con su huevo resolvió dos problemas que le preocupaban: el uso pacífico de la energía nuclear limpia y el eslogan para lanzarla. Rotundo y sencillo fue su «Nuklear bai» que hizo furor.

Luego llovieron los inventos y «las ideas». Desde las canicas musicales para que los niños aprendieran solfeo mientras jugaban de nuevo a «kaskas y arras» hasta el conmovedor logro de «unas amas de casa» que descubrieron unas pastas redondas de harina y azúcar, que resultaban exquisitas al sacarlas del horno.

* * * *

¡Dios mío, qué pueblo! Un día decidieron encargar a Hamabost el «estudio para la reforma de una cuadrícula urbana».

Dice la vieja crónica que fue algo inolvidable. Rellenaron toda una calle hasta la altura de los dos últimos pisos. Cortaron y trasladaron planta a planta una torre entera, formando con cada piso una deliciosa villa con su jardín. Cincuenta mil almas trabajaron unidas.

Los periódicos lo contaron con algún detalle. La historia lo cuenta así: «Las modernas técnicas de la construcción permiten trocear un edificio y trasladarlo sin que sufra deterioro. Un experimento de este tipo se realizó en la población vasca de Rentería». En algunos periódicos se mencionó con mayor énfasis la marca de las sierras especiales, de las grúas y de los equipos de transporte.

Pero en viejas películas de aficionados se veía a cincuenta mil personas de toda edad moviendo cosas: desde un tabique hasta una cama, desde un frigorífico hasta una niña de dos años arrastrando dos muñecas.

¡Dios mío, qué pueblo! Era un pueblo cantor. Alguien recordó cómo en el bosque Markola (antiguo y mítico bosque renteriano donde manaba agua pura) había pajaros que hacían allí sus nidos y aquello bastó para enternecer a todos. Cogidos de las manos cantaron baladas inolvidables. La única nota algo desafinada la dieron los abuelos que, como siempre, se pusieron pesados con su «gomita bi» y con sus ganas de terminar pronto.

A vista de satélite parecían cincuenta mil hormigas moviendo miguitas. Para la historia y para el satélite todas las hormigas son iguales. Pero las viejas películas de aficionados enseñan de cerca los rostros de las genetes: ¡FELICES! Dios mío, ¡qué pueblo!